

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV.

Santiago, noviembre 27 de 1870.

Núm. 105.

## POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

ALBERTO DE CHAMISSO.

Alberto de Chamisso nació en 1781 en el castillo de sus padres, en Champaña. La emigración de la nobleza francesa lo arrastró, niño aun (1790) hacia la Alemania. Después de muchos sufrimientos llegó a Berlín, donde la reina, esposa de Federico Guillermo II lo colocó entre sus pajes, abriéndole así la carrera de las armas. Era en 1798 oficial en un regimiento de infantería de la guarnición de Berlín. Dos años después tuvo que separarse de su familia, la cual volvió a Francia a consecuencia de la amnistía acordada a los emigrados por el primer cónsul.

Chamisso nada había aprendido, no frecuentó regularmente ningún colejio. Abandonado a sí mismo, se dió a escribir versos, primero en frances, después en alemán. En 1804 dió a luz en unión de C. A. Varnhagen von Ense, un *Almanaque de las Musas* que continuó publicándose durante tres años consecutivos. Esta empresa casi temeraria, ejerció una influencia mui favorable sobre su destino. Ella lo puso en relación con jóvenes que después figuraron entre los mas distinguidos de la época. Dedicóse con ahínco a recuperar el tiempo perdido. Se puso con admirable perseverancia a aprender el griego, el latín i las lenguas vivas. Pensaba dejar el servicio militar para consagrarse enteramente al estudio, cuando los acontecimientos de 1806 vinieron a retardar la ejecución de sus proyectos.

El círculo de amigos al cual deseaba reunirse, no existía ya: el ejército de que había formado parte estaba disuelto: sus padres habían muerto. En estos momentos de desesperante incertidumbre fué nombrado profesor del Liceo de Napoleonville. Partió para Francia; pero no alcanzó a tomar posesion de su cátedra por que fué atraído por el májico iman de Mad.

Staël. Cuando en 1812 la autora de *Corina* se vió precisada a huir hacia Inglaterra, Chamisso dejó a Coppet para volver a Berlín donde se entregó con ardor al estudio de la medicina i de la naturaleza. Los sucesos de 1813 no fueron bastantes a desviarle de su camino. En los cortos momentos que robaba a las ciencias escribió *La historia maravillosa de Pedro Schlemihl*.

En 1815 el conde de Romanzoff, canceller del emperador Alejandro, lo invitó a tomar parte, como naturalista i como sabio, en la expedicion esplortadora que a su costo enviaba al mar del Sur i al rededor del mundo. Este viaje duró tres años. Chamisso volvió a Berlín dueño de una valiosísima coleccion de historia natural. No tardó en obsequiarla al museo del Rei.

Poco tiempo después la facultad de filosofía de la universidad le confirió el título de doctor. Contrajo matrimonio i las musas vinieron de nuevo a llamar a la puerta de su feliz hogar.

Director del museo real, miembro de la academia de ciencias, gloriosamente conocido como sabio i como poeta, contento en medio de siete hijos que alegraban su ancianidad con sus juegos infantiles, rico con su temperancia i su modesta fortuna, pocos hombres vivian tan felices como Chamisso cuando la muerte vino a herirlo el 28 de agosto de 1838. Desde 1832 dirijia con Gustavo Schwal el *Almanaque de las musas* i traducia con Francisco Gaudy las *Canciones de Beranger*.

Esta eleccion de las obras de Beranger, que deseaba popularizar en Alemania, no era el resultado de un simple capricho de Chamisso. Al contrario, pudiera decirse que estaba de alguna manera predestinado para este trabajo por la inclinacion de su alma, por la naturaleza a la vez que candorosa e irónica, tiernamente exaltada i profunda de su ingenio, por un estrecho parentesco de gusto i de talento con el inmortal cancionero frances. Sin embargo, no por haberse hecho alemán por el reconoci-

## TUS OJOS I TUS MIRADAS.

A C.

No sé qué tienen tus ojos  
 Cuando me miran serenos,  
 Que le hacen sentir a mi alma  
 El placer del sentimiento.

Hai tanta melancolía  
 Bajo sus pestañas negras,  
 Que tu mirada es plegaria,  
 Talvez amoroso ruego.

Cuando contemplo estasiado  
 Tus ojos pardos i bellos,  
 Miro ocultos en su sombra  
 De tu dolor los reflejos.

A veces tristes se ocultan  
 En lánguido movimiento,  
 Como tórtola que esconde  
 Bajo del ala su cuello.

¡Por qué si te quiero tanto  
 I si yo soi tu contento,  
 Están diciendo tus ojos  
 Que ves la dicha mui léjos?

Ten confianza, vida mía,  
 En mi constancia i mi anhelo  
 I deja brillen tus ojos  
 Con la luz de los luceros.

Que no me miren dolientes,  
 Sino alegres i risueños:  
 Sus miradas son mi dicha,  
 Sus reflejos mi contento.

Es cierto que nos separan,  
 Que apénas podemos vernos,  
 Pero a dos almas unidas  
 Las acerca el pensamiento.

Nada importe la distancia,  
 Nada nos importe el tiempo,  
 Que yo tengo tu palabra  
 I tienes mis juramentos.

Amame como te adoro  
 I acalla tu sufrimiento,  
 Hoi nos separan, mañana,  
 Siempre unidos estaremos.

Confianza, pues, alma mía,  
 En mi constancia i mi anhelo,  
 I deja brillen tus ojos  
 Con la luz de los luceros.

Noviembre de 1870.

J. O.

## CAILLOMA.

(LEYENDA INDIANA)

Buscaba un día los dulces placeres que la naturaleza sabe producir. Había dejado esa mañana la tranquila ciudad de Rengo, i gozaba caminando al acaso en el silencio de la meditacion.

Era ya de noche; la luna brillaba en el cielo i el tañido de una campana iba a perderse en el murmullo silencioso de los campos. Un estenso valle se dilataba a mi vista bordado de frondosos bosques que cubren la ribera de innumerables arroyos; no léjos de mí, se alzaba una eminencia cuya aridez contrastaba con la robusta vejetacion de la pradera. A ese pequeño cerro se le da el nombre de CAILLOMA.

Esa noche, al abrigo de un techo hospitalario, escuché de los labios de un anciano bondadoso una de esas historias henchidas de poesia en que se refleja la naturaleza con su dulce i sencillo encanto.

¡Ojalá pueda yo contárosla cual la escuché en una de las horas mas felices de mi vida.

## I.

En el mismo sitio que esa noche me encontraba, un *matchi* indio llamado Cailloma vivió, hace muchos años, apartado de todos, en una pequeña choza escondida en un espeso bosque.

La vida de Cailloma era triste en medio de su poder i de la veneracion que gozaba. Las noches las pasabatodas sobre la cumbre del cerro en misteriosas ceremonias i descompasados cánticos, jirando al rededor de una hoguera.

Jamas el indio en sus cazerías se acercaba a los lugares donde el terrible Pillan conversaba con el anciano del cabello blanco; cuando Cailloma atravesaba la campiña los guerreros le presentaban sus hijos para que los bendijese i sus armas para que las pusiera bajo la proteccion del dios de la pelea. Las madres, en tanto, ocultaban sus pequeñas hijas, para que la mirada del *matchi* no les quitase la ternura i sensibilidad de la mujer.

Los mas nobles guerreros no tocaron jamas la orla de su vestido (1). ¡Cuándo puso

(1) Los *matchis*, en la época a que se refiere esta leyenda, usaban traje talar i vivían apartados i sin familia.

Cailloma su planta sagrada sobre el umbral de una choza, sin que sus moradores huyeran desfavoridos ante la majestad de Pillan?

Los blancos se habían apoderado del bello país de las cumbres blancas (Chile); i sus guerreros, ardiendo en ira, pedían a Pillan que enviase sobre ellos el jenio del mal para esterminarlos. Pero, en vano se tenían en sangre las manos del matchi; en vano los mas valientes aguardaban las noches enteras al pié de la montaña para batallar con los malos jénios i escuchar del hechicero la favorable respuesta de la divinidad. Pillan estaba sordo; el dios de la guerra había desamparado sus guerreros i las majestuosas moradas de los dioses (1) brotaban torrentes de humo i llamas amenazadoras.

El anciano de la blanca cabellera bajaba todas las mañanas de la montaña silencioso i pensativo, contemplando la suerte que aguardaba á su patria.

El dios del mal se complacia en esparcir el desaliento i la muerte en el país de las cumbres blancas. El indio escuchaba todas las noches el lúgubre graznido del ave del callado volar, i bajo su techo de paja derramaba tristes lágrimas al pensar en la suerte de sus hijos. ¡Ni la sagrada choza del matchi respetaba el fatidico grito de la coal!

¡Pobre patria! Sus guerreros han de morir, los dioses que la protejen la han abandonado i el jenio de la guerra se ha refugiado en el bosque!...

Tal era el estado en que se encontraba la patria de los valientes guerreros.

Jamas de la severa frente del matchi se borran ya las ceñudas arrugas que el dolor le imprimía.

Era una mañana de invierno, la primera luna de las espumas (2) ostentaba su triste atavío; el cielo estaba cubierto de negras nubes, el matchi bajaba de la montaña, i de la choza oculta entre los árboles, se levantaba una débil columna de humo.

Bascuán en su «Cautiverio feliz» consigna esta tradicion. Cap. XIX páj. 361.

(1) Los volcanes.

(2) Junio.

Es sabido que los indios contaban los meses por lunas (cújen) i hemos preferido dar la traduccion de su nombre, mejor que el castellano, por acercarnos en lo posible al lenguaje de los indios.

Caillomá penetró en su choza con tardo paso, nublada la frente i fijos los ojos en el suelo. Una niña que habia visto solamente quince o diez i seis veces la luna de los nuevos frutos se acercó a él i temerosa de interrumpir su callado pensamiento, le presentó un banco cubierto de pieles.

El anciano siguió su meditacion i la niña junto al fuego, que alzaba su llama en medio de la cabaña, contemplaba pensativa el chisporrotear de los tizonos.

El viento jemía, i las ramas de los árboles en su monótono vaiven pasaban cual ligeras sombras por la puerta de la choza.

Largo rato pasó; alzó la niña su frente, i, con voz tímida i dulce: «Padre mio, dijo, todo está preparado.» El anciano, como despertando de un sueño, replicó: «¡Bien, Ghülquëndula, puedes marcharte!» La niña cojió de entre el fuego un pequeño fruto i salió de la cabaña.

¿A dónde va esa virjen indiana, que es tímida i candorosa como la tórtola i altiva i jenerosa como el cóndor? Ghülquëndula, la hija del matchi, la de los ojos negros, siente en su pecho algo desconocido, su corazon comienza la existencia. Ghülquëndula, la paloma del país de las cumbre blancas, la de talle mas flexible que el payro (1); encuentra en su alma misterios que no se esplican, necesita respirar en medio de la soledad i comprender el lenguaje de la naturaleza.

Ha llegado ya a esa edad en que el alma despierta del sueño de la infancia, en que se forja visiones dulces i placeres por do quiera; esa edad en que se goza en medio de la mas suave melancolia; esa edad feliz: la edad del corazon.

¿Quién no conserva un recuerdo de esas horas? ¿De esos dias en que el alma, el corazon, la existencia i los sentimientos pueden refundirse en una sola palabra: poesia; de esas horas cuya memoria es el placer de la vejez?

Ghülquëndula se encontraba en esa edad. Sentada sobre una peña bajo el coposo ramaje que cubria las riberas de uno de los muchos arroyos que surcan el valle, ostentaba toda la hermosura i jentileza de las libres hijas de la selva.

El agua se deslizaba a sus piés murmurando; la brisa jemía entre las ramas i millares de aves regalaban su oído. Ghül-

(1) Especie de linio.

quëndula henchido el pecho de esa dulce melancolía precursora del amor, jugueteaba tristemente con las hojas que el viento había hecho desprenderse de los árboles. Talvez su leve pié ajitaba las cristalinas aguas del arroyo i los pececillos asustados huían lijeros i jugueteos.

¡Cuán hermosa era la hija del país de las cumbres blancas! Los mas nobles guerreros se esforzaban en la pelea para poder presentarle nuevas hazañas. Todas las doncellas palpitaban de envidia al ver la hermosura de la hija del matchi.

El indio, en sus canciones, la llamaba: la joya del país de las cumbres blancas, el *payro* del valle, la tórtola del bosque; pero ¡ai! el indio al contemplarla en medio del verde de las ramas, la retinta cabellera suelta al viento, los ojos negros como la noche, henchidos de cristalinas lágrimas; habría enmudecido porque era Ghülquëndula dulce como una noche de estío, hechicera como la inocencia de un niño.

El cantor de las dulces armonías (1) con el corazón lleno de amor había dicho a la hija del matchi: que era bella como la melancolía, que su planta era mas lijera que la brisa al pasar sobre las flores i que aventajaba su talle a las palmas de ramas sonadoras; pero habría callado trémulo de emoción al contemplar sus formas suaves apenas veladas por lijera túnica.

Sus labios por donde vagaba tristemente la sonrisa de la ilusión se entreabrieron dejando escapar acentos celestiales i suspiros del alma. I cantó así:

«Jugueteona corre el agua

Por entre la verde yerba

I los colibris festivos

A todas las flores besan.

El indio juega en el prado

O va a cazar a la selva;

Yo sola jimiendo paso

Solitaria i prisionera.

«Las tórtolas se acarician

Por el ramaje cubiertas;

El indio tiene su amigo

I elije su compañera.

Hasta el cachorro en el monto

Con sus padres juguetea;

Yo solo jimiendo paso

Solitaria i prisionera.»

Súbito la hija del país de las cumbres blancas se alzó con la noble altivez de las

virjenes hijas de América. Sus ojos negros se fijaban en un jóven español que la contemplaba estático, medio cubierto por las ramas.

—¿Quién eres tú, que sorprendes el canto de una virjen? ¿Eres acaso el bondadoso Moilen (1) que se oculta en esta selva?

—Hermosa niña, no temas, contestó el jóven, soi un huinca i solo la casualidad me ha hecho interrumpir el canto de una virjen.

—Jóven, eres hermoso, i los huincas ponen cadenas al pié de los guerreros: hai huincas crueles como hai indios que gozan en el sufrimiento del enemigo. Huinca, eres bello i tus ojos son bondadosos, por eso eres amado en mi corazón, i mi corazón te dice que huyas; los guerreros del país de las cumbres blancas calman con dificultad la rabia de su pecho.

—Niña, en mi corazón se guardan tus palabras; pero tus guerreros son nobles i no atacarán al que se presenta a ellos sin las armas del enemigo.

—Mi padre conversa con Pillan i los malos jenios pueden decirle: «Ghülquëndula fué mirada por un huinca i sus labios se desplegaron para contestar a sus palabras.»

—No temas, hija del matchi, el Dios de los huincas es mas poderoso que los dioses que habitan en vuestras moradas de fuego, i él impedirá que los malos jenios digan a tu padre: «Ghülquëndula ha oído las palabras de un hombre de rostro blanco.»

—Jóven, huye, mi padre poco tarda, vendrá pronto a ofrecer el sacrificio a Eponemon i los guerreros le acompañan! Huye, huinca, imploran del dios de las batallas la señal de la pelea, i morireis todos vosotros, si el dios acepta el sacrificio. ¡Huye, jóven de los ojos bondadosos!

—Niña del triste canto, huiré por que tú así lo pides al jóven de los ojos bondadosos; pero queda en el bosque donde se ofrecen sacrificios una niña que dijo a un huinca: «eres amado en mi corazón, i a quien él respondió: en mi corazón se guardan tus palabras.»

—¡Huinca, huye, eres mas bello que todos los guerreros, i mi alma dijo a Ghülquëndula: «por qué te turbas cuando miras a

(1) Poeta.

(1) Dios del bien.

ese joven de rostro blanco?; pero ¡huye, que presto llegarán!

—Todos los sonidos que escuche mi oído serán al llegar al corazón el nombre de la niña de los negros cabellos.

—Joven guerrero, me alejo, no quiero que mis ojos me digan: «hemos visto caer al huinca de la dulce mirada.»

—No, hermosa, niña, parto ya; pero antes mis labios dicen a la hija de las selvas: «¿Puede el huinca volverla a ver en el bosque? Ha oído su canto i sus lágrimas han caído en su corazón.»

—Joven, Ghülquëndula ha visto un huinca i lo recuerda en la soledad de la noche, desea volver a verlo; pero teme la venganza de los guerreros. Mi padre llega.»

Partió la hermosa niña i un momento despues el joven español.

## II.

Vivia cerca del lugar donde hoy se alza la ciudad de Rengo, en los primeros años de la conquista, un soldado español llamado don Diego de Miranda. Como se acostumbraba en aquellos tiempos, era dueño de un gran número de indios que se le habían adjudicado a título de *encomienda*.

Como hombre elevado por la fortuna, era bajo i orgulloso, i daba a los pobres indios el trato mas cruel. A la muerte de su esposa, le habían quedado un hijo i una hija: el primero, de carácter dulce i corazón bondadoso, protegía a los indios en cuanto le era dable, por cuya razón todos ellos le miraban con el mas tierno cariño; la segunda, era víctima del rudo carácter de su padre.

Don Luis, que así se llamaba el hijo del español, llegaba ya a esa edad en que cambian en el hombre el rostro i los sentimientos. De alta estatura i de gallardo porte, parecía destinado a ser el mas apuesto capitán que ostentara Chile entre sus nuevos hijos.

La mirada dulce de sus grandes ojos azules, su rubia i blonda cabellera, su ancha frente i graciosas facciones prestaban a su persona los mas bellos atractivos.

Su padre, siguiendo la costumbre, había pensado dedicarlo a las armas; pero quería que antes adquiriera en España los conocimientos necesarios para lucir en el ejército de Arauco.

Hasta la época de que hablo, no se había atrevido a realizar su proyecto porque

su avanzada edad le hacia temer no ver mas a su hijo.

Don Luis, criado sin los cariños de la madre, al lado de un padre que le hacia sufrir atrozmente i en medio de tantos seres desgraciados, había adquirido ese carácter melancólico que se reflejaba en su rostro. Si algo dulce encontraba sobre la tierra, era el cariño que profesaba a su hermana.

Cuando su corazón había comenzado a despertarse, asió la soledad i se alejaba largas horas de su casa con el pretexto de ir a cazar.—

Una mañana que había partido cuando aun la aurora no asomaba, dejando que su caballo lo guiase caminando sin rumbo fijo; se internó en un pequeño bosque, donde el silencio de los campos i la belleza del prado trajeron a su mente esos dulces pensamientos en que piensa el corazón.

No había amado aun, i su alma sin objeto en quien fijar el tesoro de amor que encerraba, se ajitaba en esa inquietud tan dulce i tan amarga. ¡Cuántas visiones halagüeñas se finjía su mente?

Súbito una voz, suave como las armonías lejanas i pura como el cielo de la patria, hirió sus oídos i su pecho sintió algo tan dulce como jamás su fantasía lo había imaginado.

Tremulo i anhelante, se acercó al lugar de donde la voz partía i escuchó en idioma indio, que él conocía perfectamente, la canción que os he contado.

Volvió al lado de su padre, estaba mas silencioso que de costumbre: había brotado el amor en un corazón virgen.

## III.

Eponemon estaba vencido, la lluvia del cielo había apagado el fuego del sacrificio, el dios de los huincas triunfaba: el *matchi* había llorado sobre los destinos de la patria i los guerreros fueron a ocultar su rabia en el silencio de la choza.

Era la noche, i la lluvia caía a torrentes, el indio escuchaba en el silbar del viento el grito de las almas de sus padres que maldecían su temor.

Todo era silencio i lobreguez. Solo dos corazones palpitaban en el grato desvelo del amor, i el silbar del viento, el ruido de

las hojas i el sordo bullicio de la lluvia, repetian para ellos palabras deleitosas i lejanos juramentos.

Los rayos del sol coloreaban la blanca cumbre de los Andes i la pálida luz llegaba apénas al hermoso prado cubierto de bosques i de arroyos.

El matchi habia salido de su cabaña; el triste latir de su corazon habia hecho que sus ojos derramaran lágrimas sin conseguir que el sueño enjugara su llanto.

—Un rayo de la luz del alba penetraba en la cabaña i permitia ver en el fondo de ella la mas hermosa i poética escena. Una niña dormia dulcemente en un rústico lecho de esteras i de yerbas. Una negra i espesa cabellera sombreaba su rostro con indefinible encanto, su brazo desnudo le servia de almohada, i a sus esbeltas formas le daba mas realce su voluptuoso abandono. Su pecho se agitaba suavemente, i su aliento virjinal se escapaba sin esfuerzo. Algunas veces en los hoyuelos de sus mejillas i en su graciosa boca se dibujaba una amorosa sonrisa, i talvez pronunciaba palabras mui dulces a su corazon, sus pupilas entónces parecian diseñarse ardientes de amor i radiantes de alegría bajo sus párpados cerrados i sus pestañas crespas.

La hermosa niña era Ghülquëndula. Amaba: ya por eso, habia adquirido todas las gracias de la mujer.

Ghülquëndula habia abandonado la choza; ya en su rostro no se pintaba la melancolía; el amor, la ansiedad i la esperanza le prestaban una hermosura nueva.

Su lijera planta hollaba apénas la yerba. El bosque ya escuchaba sus suspiros, i su aliento se perdia entre las hojas cubiertas de tembladoras gotas de agua.

Los instantes pasaban, i una triste ánsia se iba reflejando en el semblante de la virjen del prado.

¡Cuántos sentimientos agitaban su amantecorazon!

Una hora habia pasado. Algunas lágrimas comenzaban a deslizarse por las mejillas de la amorosa niña.

Súbito se entreabrieron las ramas i don Luis apareció. Un grito de sorpresa i de gozo se escapó de los labios de la feliz Ghülquëndula.

—¡Huínca, exclamó, la hija del matchi,

lloraba porque un guerrero le habia dicho volveré; i el guerrero no volvia!

Don Luis no contestó; sus ojos titilaban de amor; todo un poema de ternura se reflejaba en su rostro.

Las horas habian pasado. El esbelto español conversaba dulcemente con el objeto de su cariño. Renuncio a pintar las palabras que entre aquellos dos corazones se habian trocado. ¡Cómo pudiera descubrir una pasion tan pura, tan ardiente i tan bella! Las palabras espresan los pensamientos, el corazon carece de lenguaje.

—Me alejo, Ghülquëndula, dijo el jóven, es ya la hora en que los pajarillos ocultos entre las ramas celebran el bello sol de la luna de las espumas. La hija del matchi no ha encendido aun el fuego de su cabaña.

—Huínca, mi padre preside la junta donde los guerreros han hincado la lanza en la tierra, los fuegos se han encendido en las cumbres de todos los montes, i todos los jefes, hasta los que están cercanos a las grandes aguas, han tomado un asiento junto a la hoguera del consejo.

El matchi i los guerreros no volverán hasta que un sol nuevo ilumine los Andes, los sacrificios aguardan los primeros gritos de la *coa* para dar principio i en el silencio de la noche repetirán los campos la palabra de los jefes.

—El corazon de un huínca palpita de gozo, la tórtola del pais de las cumbres blancas permanecerá ante sus ojos hasta que el día oculte sus alegres colores.

—Guerrero huínca, exclamó la niña con la mas triste espresion, no seré tuya.

Don Luis palideció.

—Un guerrero llegará una noche a la puerta de la choza, continuó Ghülquëndula, lucharé en vano, la voluntad de mi padre dará mayor brío al brazo del que me arrebató! ¡Ah! El corazon me dice: jemirás junto a los fuegos de otras mujeres i bajo el techo de un guerrero que no amarás i que se llamará tu esposo.

—Jamás, exclamó el jóven, el brazo del huínca arrancará a la amada de su alma del centro mismo de las ardientes moradas de los dioses.

—No, los guerreros de los agudos dardos estirparán tu raza o morirán todos por los fuegos de sus relámpagos. Yo te amo, huínca; pero los dioses me castigarían, el cielo se oscureceria para mí i mi padre a,

morir lanzaria maldiciones de desesperacion si Ghülquëndula encendiera su fuego en la choza del guerrero que se manchó en la sangre de sus hermanos.

—Hija del matchi, jamas yo podria dar la muerte a los valientes que defienden a su patria.

—Nó; huinca, apártate de mi, tú, si no eres un cobarde que abandona a los suyos, deberias pelear i sacrificar a nuestros guerreros. Yo te he dicho que el corazon de Ghülquëndula palpita por ti en medio del silencio i de la soledad; pero ¡ai! mi corazon te ama i no quiere que al repetir tu nombre los guerreros esclamen: ¡digno es solo de encender un fuego en la choza de un soldado!

—Hermosa prenda de mi alma, jamas tu amor i tu recuerdo se apartarán de mí. No temas, amada mia, el Dios de los huincas hace temblar al mismo Pillan i tus guerreros no osarán levantar sus armas contra los hombres de rostro blanco... Hai en el cielo, mas allá de las estrellas, una Virgen mas poderosa que la saña del huracan, i esa virjen ama a los hombres que no esconden el crimen en su alma i se complacen en proteger a los corazones que se aman con amor puro.

La inocente niña escuchaba las palabras de don Luis con la atencion del que en medio de la desgracia recibe un rayo de esperanza.

Largo rato permaneció en silencio, su rostro iba recobrando poco a poco esa intima expresion de dulce alegría que habia perdido: por fin, exclamó:

—«Huinca, jóven que ama mi corazon, Ghülquëndula será feliz a tu lado. Pero en el fondo de su pecho jimirá diciendo: talvez por protegerme, la Virgen del amor puro permite que los guerreros del pais de las cumbres blancas jiman en las cadenas i sirvan como esclavos a los hombres que les arrebataron supatria. Nó; huye, olvida la hija del valle, i tu pecho se encenderá pronto en dulce pasion por otra mujer cuyos ojos sean azules! Ghülquëndula, cuando en el bosque vaya a buscar leña para el fuego de la cabaña de su esposo derramará lágrimas solitarias, i recordará los dias felices en que se abrazaba en las miradas amorosas del mas bello guerrero.

—Amada mia, jamas, jamas mi pecho dejará de amarte, aunque las grandes aguas me separen de ti i sea blan-

co el cabello de mi frente. Sí, tórtola del prado, yo te amo i moriré amándote. Amame tú, la Virgen de los amores castos bendecirá nuestra union, i el indio cazará alegre en el bosque porque ella tambien protege al débil i al oprimido.

RAIMUNDO LARRAIN C.

(Continuará.)

## EL SANTUARIO DE GUADALUPE.

### I.

En un rincón escondido  
De aquel valle pintoresco,  
Donde entre alfombras de flores  
Se alza Méjico opulento,

Hace ya mas de tres siglos  
Vivia el indio Juan Diego,  
Dicho en su oscuridad,  
Del mundo olvidado i léjos.

Era el indio entrado en años,  
Piadoso, noble i austero,  
De mui elevadas prendas,  
De mui nobles sentimientos:

Todos con leal cariño  
Le tributaban respeto,  
I en verdad lo merecia  
Por su conducta i ejemplo.

El trabajo de sus manos  
Le daba el diario sustento;  
I descanso a sus fatigas  
El dulce, apacible sueño,

Que Dios concede piadoso  
A las almas de los buenos  
Que no se manchan del vicio  
En el lodazal grosero!

Pero, ántes de retirarse  
De noche al blando silencio,  
Juan Diego iba diariamente  
A la parroquia del pueblo

A alzar con piedad sincera  
Al cielo sus pensamientos  
I a implorar merced divina  
Del omnipotente dueño.

Una tarde—de la iglesia  
A su cabaña volviendo—

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV.

Santiago, diciembre 4 de 1870.

Núm. 166.

## LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

En tiempos en que no hai nada bueno que no reciba diarios i tenaces ataques; en que se ha declarado guerra, i guerra a muerte, a todo lo que lleva el sello de religiosidad, no estraña ver levantarse a cada paso enemigos encarnizados de la Compañía de Jesus. No nos admiran los ataques, ni nos alarma su repetición. Ello es lógico. Lo que nos estraña es la indiferencia con que se les recibe i el miedo que llegan a imponer hasta a los mas sinceros creyentes.

Si juzgáramos a los jesuitas por el número de sus amigos i defensores que se atreven a presentarse en público como tales, probablemente llegaríamos a creer que forman una institución que no tiene caída en nuestro suelo, que están condenados a ser los párias de la humanidad.

Pero al ojo ménos perspicaz no se oculta que semejante juicio está mui léjos de ser exacto, siquiera probable.

La Compañía de Jesus cuenta en Chile con sinceras adhesiones; i por cada ataque que recibe en público recibe tambien cien testimonios sinceros de admiración i afecto.

I no necesitamos de mucho esfuerzo para probarlo. En sus aulas reciben la instrucción religiosa, científica i literaria numerosos jóvenes, a quienes no avergüenza el nombre de amigos de los jesuitas, i que se honran de serlo.

Este folleto sale hoy a la luz pública para golpear la puerta de toda persona que tiene la suficiente imparcialidad para reconocer la verdad i el bien, en donde se encuentra.

Nuestro ilustrado amigo Máximo R. Lira ha empezado hoy la cruzada contra el error, i cercenando a sus tareas diarias i al descanso muchas horas ha venido a arrebatar, una vez mas, la máscara a los difamadores de oficio, a los incrédulos de siempre, que con el nombre de historia de

los jesuitas borronean panfletos ridículos, indecentes, que a nadie convencen, sino a los convencidos de antemano.

El *Código de los Jesuitas* publicado por la imprenta de *La Patria* de Valparaíso, en el año que corre, pareció quizá a algunos ilusos destinado a dar el golpe de gracia a una institución que cuenta tantas persecuciones i tantos triunfos como años de existencia.

Pero se contaba demasiado con la ignorancia del pueblo, a quien iba dirigido principalmente, con la indiferencia de muchos, i (quizá no nos engañamos) con el miedo de todos.

*La Estrella de Chile* al anunciar la publicación mencionada ofreció hacer su análisis, refutar sus errores, lanzar a la cara de los que no tienen siquiera el valor de la responsabilidad i que se ocultan detras del anónimo, el mentis que merece la calumnia cínica i grosera, los que propalan la inmoralidad, invocando la santa libertad de la prensa.

Desde entonces acá, semana a semana, la verdad ha ido apareciendo mas clara i mas patente, i estamos seguros que semana a semana habrá ido creciendo el rubor i la vergüenza de los editores del panfleto, si es que son susceptibles de vergüenza i de rubor los que hieren por la espalda, los que necesitan mentir para escribir la historia.

No hace mucho la prensa reproducia ciertas palabras del Papa Pio IX, que recibían su confirmación en esos mismos dias en la diócesis de un obispo a quien hablaba con esa esperanza que nunca vacila, porque está basada en la promesa de Dios.

«La juventud, decía, vuelve sus ojos a Roma. En ella busca la luz de la verdad; se acerca a la cátedra de Pedro i abandona la incredulidad i los errores, que se ocultan bajo el pomposo nombre de filosofía.»

I el Pontífice hablaba inspirado. En Chile hai quienes se llaman católicos i que

Si tú tambien en tu inocente seno  
Sientes latir el corazon amante,  
Sé fiel, amada mia, sé constante,  
Que el cielo nuestro amor bendecirá

No importa que haya seres en el mundo  
Que envidien nuestro amor i en su delirio  
Pretendan someternos al martirio  
Que produce una cruel separacion  
Ausentes estaremos; mas las almas  
Como las nuestras, que en amor se encienden  
A distancias inmensas se comprenden  
I no hai muros que atajen su clamor.

Yo sé que tú me amas, me lo has dicho  
Que llegará a la tumba tu constancia  
Que nunca habrá para tu amor distancia,  
Aunque fuera preciso sucumbir;  
I yo temblando al escuchar tus frases  
Lleno de orgullo i amoroso anhelo  
Juré en presencia del augusto cielo  
Guardar lealtad a nuestro amor sin fin.

Si es preciso sufrir, pues que la ausencia  
A los amantes a sufrir condena,  
Mitigue tus dolores i tu pena  
La misma fé que me consuela a mí.  
Confía en Dios que como autor supremo  
Creó el amor i lo legó a los hombres:  
El tendrá presente nuestros nombres  
El, ángel mio, nos hará felices.

Bien raros son los goces de la vida  
Que no se compran a crecido precio  
Puso la mano del destino recio  
Muchas espinas para cada flor.  
Cuando te veas solitaria i triste  
I pienses en tu amor, hermosa mia,  
Confía en Dios, que cuando en él confía,  
Encuentra el hombre alivio en su afliccion.

El día llegará de nuestra dicha  
Que demando a los cielos sin descanso...  
Lleno de fé al porvenir me lanzo  
Ardiendo el pecho en relijioso amor,  
El día llegará, no tengas duda,  
En que embriagados de un placer profundo  
Unidos estaremos ante el mundo  
Como ahora lo estamos ante Dios!

F. DE B. B.

Santiago, noviembre 11 de 1870.

CAILLOMA.

(CONTINUACION)

La hermosa niña fué recobrando su alegría i el cielo del amor comenzó de nuevo a brillar para ellos mas puro, mas hermoso que nunca.

¡Feliz el que en la tierra encuentra un corazon i el que halla fijos en sus pupilas los tiernos ojos de la mujer que ama!

Ghülqüendula lijera i bulliciosa juguetaba con su amado. Ya el bosque les prestaba su sombra, el arroyo sus murmullos i las aves su canto; ya la verde yerba le servia de alfombra, donde se estampaban sus lijeras huellas; o ya en la cumbre del cerro de los sacrificios se destacaban las gallardas figuras de los dos amantes.

El sol habia declinado a su ocaso, la blanca cumbre de los Andes se doraba aun por sus postreros rayos i sobre las cimas de las montañas de la costa un cielo de fuego iba suavemente tomando su purisimo azul.

El silencio del valle, la débil luz de la tarde, el canto de una que otra avecilla, que atravesaba el espacio buscando su nido, i ese sordo bullicio de la hora del crepúsculo, daban a la naturaleza todo el misterio de un corazon que jime i toda la melancolia de una ausencia prolongada.

Allá a lo léjos un brioso corcel tendia su carrera; don Luis guiaba su brida i la bella Ghülqüendula, cojida de su cintura, miraba alegremente pasar ante su vista los árboles como sombras fujitivas. El caballo, orgulloso de su carga, atravesaba con la rapidez de la flecha el verde prado i el sombrío bosque.

¡Ah! cuánta dicha para un pecho que ama volar mas rápido que el viento, en medio de la soledad, escuchando la palpitation del corazon amado!

¡Cuán hermosa se ostentaba Ghülqüendula! Cuánto se parecia a la ilusion primera en su belleza i en la rapidez con que pasaba! Un poco hubiera creído, al contemplarla, que era talvez el dulce jenio de la noche, que corria a su lecho de espumas, donde se duerme la onda cristalina en la tendida playa.

Pero ¡ah! ignoraba la tierna flor del va-

lle que su dicha pasaria como desfilaban a su vista los árboles del prado!

La luna asomaba sobre la cumbre de los Andes; los dorados tintes del sol se iban perdiendo por el lado del mar, i el océano azul del cielo se confundía con la opaca sombra de los montes lejanos.

Los jóvenes atravesaban lentamente un pequeño prado, i allá entre los primeros árboles del bosque se divisaba la choza de paja casi oculta por las ramas.

Un momento despues penetraban, en la cabaña i el humo del hogar se levantaba por entre las ramas en espiral hácia el cielo.

La hermosa Ghülquëndula preparaba para su amado sabrosos manjares con las frutas del valle.

—Huínca, se escuchaba decir a la niña llena de alegría, algun dia bajo el techo de tu gran cabaña, encenderé para tí el fuego, i entónces bello guerrero, te llamaré mi esposo.

Así trascurrieron las horas en el gozo mas puro e inocente.

La luna brillaba ya en medio del cielo, a la puerta de la choza, bajo el ramaje de los árboles, descansaban la virjen del país de las cumbres blancas i el guerrero huínca, sentado el uno al lado del otro sobre un banco cubierto de pieles. Uno que otro suspiro se escapaba de sus pechos anhelantes, el silencio reinaba, i la tristeza se reflejaba en sus rostros. Se acercaba la hora mas amarga: la hora del adios.

Largo rato habia pasado, la hija del matchi lloraba solitaria a la puerta de la choza.

El consejo habia concluido, los jefes regresado a sus hogares i llorado ocultamente los guerreros su impotente rabia contra los dioses.

El matchi habia exclamado despues del sacrificio mezándose los cabellos de dolor:

—Nobles guerreros del país de las cumbres blancas, las antiguas tradiciones se cumplen, llorad por la suerte de la patria, llorad la esclavitud de vuestros hijos. Ha llegado el dia. Un dios mas poderoso que Pillan ha avasallado nuestra tierra. Id, guerreros, los vencedores en cien batallas, id como débiles mujeres a encender un fuego en la choza de los blancos.

En vano ¡la sangre de las victimas que nuestros bravos han cojido en el monte ha teñido la tierra i mojado la planta de los jefes. En vano junto a la hoguera del consejo se ha aclamado el nombre del terrible Eponemon. Los dioses han abandonado nuestra patria, los libres hijos del país de las cumbres blancas jemirán esclavos recordando la perdida libertad.

Id, guerreros, a vuestras cabañas i mirad impacientes que se os arrebatan vuestras hijas, quedad tranquilos cuando la planta del extranjero oprima vuestra cerviz, i no exhaleis una queja cuando los hijos de los libres ablanden con su llanto el manjar del oprobio.

Anciano soy, no veré las desgracias de la patria; pero ¡ai de vosotros!.....

I el pecho de los guerreros exhaló un ronco grito de furor.

Todas las tribus se agitaban sordamente; los jóvenes ejercitaban la fuerza de su brazo i los rudos troncos de árboles seculares eran traspasados al bote de su lanza.

Los dias de la luna de las espumas se deslizaban nebulosos i frios.

La hija del matchi en el silencio de la noche i en la soledad del bosque, exclamaba: ¡Virjen de los amores castos, tú, que has hecho huir a nuestros dioses de sus moradas de llamas, ten compasion de mí! El huínca me ha dicho que nunca abandonas al desgraciado, apiádate del guerrero que amo, no des la muerte a mi triste corazón!

¡Virjen, calma la rabia en el pecho de los guerreros i haz que sus mujeres i las de los blancos vayan juntas a sacar agua de las fuentes i sus hijos unidos persigan a la puma en el bosque i la montaña!

¡Madre de los amores inocentes, si escuchas mi plegaria, yo entonaré en la selva tu canto cuando el sol tiña de color de fuego la nieve de la montaña!

Sereza se alzaba Ghülquëndula despues de la plegaria.

Cuando la aurora comenzaba a esparcir su tenue luz por el valle, la niña del negro cabello, subía llena de esperanza el corro de los sacrificios. Sus ojos se dilataban ansiosos por la llanura i, cuando a lo léjos se levantaba una pequeña polvareda o se distinguía alguna leve sombra, la niña de talle mas esbelto que las palmas de ramas sonadoras, bajaba de la eminencia henchida

da de alegría con la velocidad del cóndor a desprenderse de la altura de los cielos. Un momento después a las márgenes del arroyo; en la espesura del bosque se escuchaban amorosas palabras i ardientes suspiros de dos corazones que se amaban. Ghúlquendula era entonces feliz.

## IV.

Los meses habían pasado i los primeros días de la apacible luna de los nuevos frutos engalanaban la naturaleza con sus mas bellos atavíos.

Las tribus se agitaban en silencio preparando el estermínio de los blancos. Los fuegos se repetían todas las noches en la cumbre de los montes i hasta los jefes mas lejanos respondían a ellos. El matchi, mas sombrío que nunca, bajaba lleno de desesperación del cerro de los sacrificios al contemplar la inútil muerte de tanto guerrero.

La hermosa Ghúlquendula miraba llena de aflicción los preparativos para la pelea, i para aumentar su angustia sus ojos hacia cuatro soles que no se abrasaban en las ardientes miradas de su amado.

En vano sus pupilas escrutaban prolijas todas las mañanas el vasto prado desde la eminencia de los sacrificios; en vano, sus ardientes plegarias se elevaban a la virjen de los amores castos; todo en vano. Cuando las aves buscaban en el bosque un amparo contra el calor del mediodía, bajaba llorando la triste Ghúlquendula. En la soledad derramaba sus lágrimas, que caían en las aguas del arroyo, i cuando la luna brillaba pálida i solemne en la mitad del cielo, se veía aun a la virjen de la negra cabellera jemir en la cumbre de la eminencia o en la espesura de la selva.

Cuatro soles se habían ya reclinado a descansar en sus lechos ocultos en las grandes aguas, los tintes dorados del día se habían borrado de la cumbre de los montes de occidente; era la hora en que a la opaca luz de la luna los Andes con sus moles macizas aparecen cual inmensos fantasmas de negro ropaje i blanca cabellera.

La hija del matchi, bañada por un débil rayo de luz, sufría toda la amargura que saben comprender los corazones grandes.

La desesperación comenzaba a apoderarse de su alma.

Sollosos profundos i ahogados exhalaba su pecho, i sus pupilas se agitaban convulsas sin que una lágrima viniera a humedecerlas. La hermosa niña temblaba con nervioso estremecimiento i sus labios se conmovían como para pronunciar palabras que no podía articular.

¡Cuántos funestos sentimientos destruían su alma! Cuántas ideas terribles atormentaban su mente! Talvez algun guerrero habria clavado su afilada lanza en el pecho de su amado, talvez la puma lo habria despedazado entre sus garras o algun grave mal lo habria sepultado en la tumba. ¡Cuán terrible incertidumbre para un corazón que ama!

Súbito, un grito agudo se exhaló del pecho de la tórtola del valle i un mar de lágrimas corrió por sus mejillas. Largo rato pasó i sus ojos lloraban aun un dolor tanto tiempo comprimido.

Esa tranquila desesperación que viene después de una pasión violenta comenzaba a invadirla; pero un dulce recuerdo vino a endulzar un tanto su amargura.

Las rodillas en tierra, los brazos lánguidamente caídos i los ojos llenos de trémulas lágrimas alzados al cielo, exclamó: ¡Madre, virjen de los castos amores, aquí está Ghúlquendula, socórrela, jime en medio de la desesperación! Ampara al guerrero huíno i vuélvelo a milado; ya que hasta aquí me has protegido, no me abandones en la amargura!

¡Virjen de los amores inocentes, tú, mas poderosa que los dioses que habitan en chozas de fuego, eres amada en el pecho de Ghúlquendula; i has sido preferida por ella al dios de su padre que no sabia consolarla!

I continuó por largo rato una plegaria misteriosa que solo la madre del amor podía comprender.

La hija del matchi se alzó i su corazón estaba mas tranquilo porque habia implorado a la virjen de los amores castos. Sentada sobre la roca en el querido sitio de sus amantes conversaciones, comenzó a entonar una canción con que talvez su madre la adormecía en las horas de la infancia.

Un ruido extraño impidió que su canto continuara, las ramas se agitaban con violencia i apareció don Luis.

—¡Huínca! exclamó la niña, i los jóvenes se estrecharon en amante abrazo.

Largo tiempo permanecieron en silencio, sus corazones hablaban. La hija del matchi lloraba de alegría i el joven reflejaba en la triste mirada de sus ojos azules toda la inmensidad de la pasión mas pura i ardiente.

Por fin, la enamorada tórtola del pico de las cumbres blancas dijo con voz trémula de amor i entrecortada por los sollosos:

—¡Guerrero mio, en vano Ghülquëndula subia todas las mañanas a examinar el valle; en vano su vista ansiosa se dilatava por el prado; en vano, interrogaba a los vientos para que le trajesen el sonido de las pisadas de su amado: todo le traia solo amargura para el corazon!

Ghülquëndula te aguardaba en este lugar sin escuchar tu voz, lloraba solitaria i nadie venia a consolarla; algunas veces creia ver al huínca muerto por la lanza de un guerrero o destrozado por la puma, otras llena de dolor pensaba que su amado habria emprendido el viaje de las sombras (1) o que la habria ya olvidado por el amor de otra mujer de ojos azules!

—¡Jamás amada mía, exclamó don Luis, estrechándola a Ghülquëndula! I continuaron por largo tiempo en amorosa conversacion.

—Guerrero, dijo Ghülquëndula, ¿por qué siento latir con tristeza tu corazon i se refleja en tu rostro la expresion de un dolor profundo? ¡Ah! cuando mi alma estaba triste, yo sufría pensando que tal vez el que yo amo me habria olvidado; pero Ghülquëndula creia imposible que el huínca pudiese olvidarla. Ahora, cuando te miro afligido e inclinas con dolor tu frente, vuelvo a turbarme mi corazon. Una dolorosa sonrisa asomó apenas a los labios de don Luis i fijó en la niña una mirada en que se retrataba la misteriosa agonía del amor i del pesar mas intenso.

—¡Ghülquëndula, exclamó, te amo.... Ojalá no te hubiera conocido.... Ojalá pudiera olvidarte!....

—¡Cuando me acercaba escuché tu voz, canta, hermosa niña, que tu canto aliviara la pena de mi alma!

La enamorada virgen no se atrevió a

(1) La muerte.

romper el misterio del pensamiento de su amado; i su voz dulce comenzó a repetir la bella cancion en tanto que sus lágrimas rodaban por sus mejillas.

Continuó el silencio. Por fin, don Luis, dando un profundo suspiro, exclamó:

—¡Prenda del alma, voi a revelarte un amargo secreto, hasta aqui habia querido ocultarlo, él nos va a hacer a ambos desgraciados; pero consuélate, pronto pasarán los dias del infortunio i llegarán las horas del placer.... En tanto la virgen de los amores castos nos dará fuerzas para resistir a la separacion!....

—¡Huínca!.... Nó, llévame donde tu vayas, jamás te abandonaré. Si dejas sola a Ghülquëndula, cuando tú vuelvas habrá muerto, su corazon no habrá podido resistir.... Huínca, llévame donde tú vayas i si te avergüenzas de que la hija de los bosques sea tu esposa, llévame como esclava!....

I los ojos de la niña se arrasaban en lágrimas.

Don Luis con la frente serena, pero el alma destrozada, replicó:

—Ghülquëndula, jamás he dejado de amarte.... Ni un solo instante te olvidarás de mi corazon.... Pronto volveré, no quieras amargar mas mi pecho, que está henchido de dolor.... Jamás, jamás, Ghülquëndula, podré olvidarte, bien lo sabes.... Mui presto serás mi esposa, te lo juro.—La niña seguia llorando en medio de la mas horrorosa desesperacion.

Don Luis continuó:

—Mi padre sabe que te amo i me hace atravesar las grandes aguas por separarme de ti....!

¡Toma, hermosa mía, toma esa imájen de la virgen de los amores castos.... Yo rogaré a ella por la hija de los bosques, i en la soledad de la noche empaparé en mis lágrimas el cabello que guardo junto a mi corazon!

La niña lloraba desesperada, i se la escuchaba en medio de sus sollozos:

—¡Huínca, no te dejaré partir!

El joven español no pudo contener el llanto.

Súbito se entrecubrieron las ramas con estrépito i el matchi, con mano de fierro cojió al joven por el cuello.

—¡Infame, necesitabas una victima i la encontraste en mi indigna hija!

La vez del matchi temblaba de furor; sus ojos relampagueaban; su cuerpo estaba trémulo a impulsos de la ira. El baston que le servia de apoyo se habia partido por la fuerza de los golpes que descargaba sobre un enemigo indefenso i que ya estaba exámine i cubierto de heridas. Ghúlquëndula habia exhalado un grito, que fué ahogado por los ruidos de su padre, i habia caido desfallecida.

Cailloma, temblando de furor, arrastró por un brazo a su hija desmayada, esclamando con entrecortada voz: ¡Hija indigna, no otra mano que la de tu padre rasgará tu pecho; no solo has manchado tu sangre, sino que tambien has vendido tu patria! ¡Padre desgraciado! No en balde latia desesperado mi corazon al no encontrarte en la choza, presintiendo la deshonra que me aguardaba!

I los delicados miembros de la niña iban dejando un reguero de sangre que brotaba de las heridas que le hacian las espinas i los gujarros.

Pasaron las horas de esa noche terrible; el matchi, a la mañana siguiente, no encontró el cuerpo de don Luis.

Dos soles se habian ocultado en el mar; era la mañana del tercer dia; Ghúlquëndula despertaba de un sueño; recordaba confusamente la causa de su mal. Se hallaba sola.

Apénas podia sostenerse en pié; sus débiles plantas se dirijieron al lugar donde tres noches hacia habia visto a don Luis por última vez.

La yerba estaba teñida en sangre; las lágrimas de Ghúlquëndula volvian a liquidarla, i con su aliento le infundia calor; pero la sangre no contestaba a la inocente niña.

En vano los ecos repetian sus gemidos; el fúnebre bullicio del bosque solo respondia a ellos.

¡Con cuánto amor estrechaba contra su pecho la ensangrentada yerba. Pero ¡ah! el ardor de su aliento no volvía la vida a la sangre que habia sustentado al ser que mas amaba!

—¡Huínca, esclamaba la inocente virgen, inútilmente mi ruego se alza a la virgen de los amores castos. ¡Ah! que no le sea

dado a la infeliz Ghúlquëndula encontrar el cadáver del que ama!

I en vano los pasos de la niña cruzaban el bosque.

—¡Huínca, guerrero mio, yo te estrecharia contra mi corazon, i sus latidos tornarian a la vida a tu helado pecho!

I la hermosa virgen jemía i sus lágrimas regaban el suelo testigo de sus amores i al mismo tiempo de su desgracia.

¡Ah! corazones que amais, almas en que Dios ha depositado una gota de su esencia, llorad con la virgen de la pradera, que vosotros podeis acompañarla!

Los vacilantes pasos de la niña se dirijieron a la cabaña en tanto que sus lágrimas caian sobre la yerba que oprimia contra su corazon. Llegó, por fin, a la puerta de la choza; penetró en ella; i cayó sobre el lecho desfallecida.

RAIMUNDO LARRAIN C.

(Concluirá.)

## EN UN ALBUM.

En un arpa que solo ha suspirado  
Los internos dolores que sufría  
Mi pecho de pasiones ajitado  
Cantar en vano, en vano intentaría  
Tu plácida belleza  
De inocencia sellada i de pureza.

En vano lo quería; que la fuente  
Cuando sus onças ha turbado el viento,  
No retrata la luna que al poniente  
Bella cruzando el cielo en jiro lento  
Pacífica se aleja.

¡Ah! solo ver su negro fondo deja!

PIO VARAS.

## AUSENCIA.

A C.

Hace tiempo, prenda mía,  
Que no te miran mis ojos;

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV.

Santiago, diciembre 11 de 1870.

Núm. 167.

## TEATROS POPULARES.

Por haberse establecido recientemente una sociedad para la fundacion de Teatros Populares, nos ha parecido conveniente reproducir el interesante i juicioso artículo que sobre esa materia publicó en *El Independiente*, en 1864, su actual redactor en jefe i nuestro colabrador, don Zorobabel Rodriguez.

Hélo aquí:

### I

Quejense con frecuencia, la prensa i los hombres filantrópicos i verdaderos amigos del pueblo, de la inmoralidad de nuestra clase proletaria i de las perniciosísimas diversiones a que se entregan i en que vienen a malgastar los trabajadores el producto de su trabajo, dejando con frecuencia a sus familias en la mayor miseria. Este mal es gravísimo, se palpa i está fuera de toda discusion.

No es, pues, extraño que se hayan hecho esfuerzos por estinguirlo o por impedir por lo ménos que siga desarrollándose. Quienes, atribuyéndolo a la ignorancia, se han sacrificado por jeneralizar la instruccion, fundando sociedades con ese objeto i pidiendo al gobierno que multiplique los liceos i las escuelas.

Quienes, atribuyéndolo a la pobreza han pedido de cuando en cuando que se establezcan talleres por cuenta de la nacion para ocupar al pueblo.

Quienes, por fin, atribuyendo el mal a la anterior causa al mismo tiempo que a la falta de moralidad i a la ignorancia, trabajan infatigables llevando al domicilio de los pobres los primeros rudimentos de la ciencia, los saludables consejos i los socorros materiales.

A pesar de todos estos medios puestos simultáneamente en accion, el mal no desa-

parece, ni siquiera disminuye con la rapidez con que seria de desear.

Vamos a indicar sucintamente, i como lo exige un artículo de periódico, otro medio de moralizacion para el pueblo que creemos produciria satisfactorios resultados.

El medio que vamos a indicar se reduce a la fundacion de Teatros Populares.

Antes de entrar al desenvolvimiento de nuestra idea, permitásenos una observacion importante.

Se dice jeneralmente i se acepta como un axioma puesto fuera de toda duda, que el hombre es tanto mas moral cuanto mas ilustrado.

Quien esto escribe siempre lo habia creido así. Simbargo, recorriendo las páginas de una obra bajo muchos conceptos notable: *La medicina de las pasiones* por Mr. Descuret, ha leído con cierto desconsuelo i abatimiento las siguientes lineas:

«De las investigaciones practicadas con todo esmero sobre este punto (la criminalidad en sus relaciones con la instruccion) por los señores Guerry, Dangueville, Morogue i Michel, resulta que la ignorancia no es una causa de criminalidad tan grande como jeneralmente se cree. I en prueba de ello sépase que la lójica de las cifras oficiales hizo que el último de los estadísticas que acabo de nombrar admitiese los siguientes resultados: 1.º que el número de los crímenes i de los delitos ha aumentado de año en año en una proporcion análoga al aumento en la propagacion de la instruccion; 2.º que en el número de esos delitos o crímenes la clase de los acusados que saben leer i escribir entra por un quinto mas que la clase de los acusados completamente rudos i, que la clase de los acusados que han recibido alguna instruccion superior entra por dos tercios mas, guardada proporcion entre las cifras respectivas del total de cada clase.

En otros términos, cuando

25,000 individuos de la clase enteramente  
iliterata dan cinco acusados,  
25,000 individuos de la clase de los que sa-

Que se llama *doble-turno*. (1)  
 Yo soi de escaso majin  
 I en discurrir poco ducho;  
 Así, señores, ¿qué mucho  
 Que el turno me cause spleen? (esplin.)  
 ¡Apénas puedo con uno  
 I quiere exijirme dos!  
 Pero, don Rafael ¡por Dios  
 No sea tan importuno!  
 Yo me afano, pero en vano  
 Para poderle dar gusto.  
 I, ya que no puedo, es justo  
 Que se muestre mas humano.  
 Para *La Estrella*, señor,  
 Yo con gusto escribiria,  
 Mas por desgracia la mia  
 No ha sido la de escritor.  
 I, aunque es para mí gran peso  
 Para *La Estrella* escribir,  
 Bien le podria decir  
 (Si fuera de carne i hueso)  
 Que de padecer por ella  
 El alma tanto se paga  
 Que el mismo dolor la halaga,  
 Por ser la causa tan bella.  
 I aquí dejo, taciturno,  
 Está charla insoportable  
 Pidiendo al *Círculo* amable  
 Que me dispense hoí el turno.  
 Santiago, diciembre 1870.

CATETE.

CAILLOMA.

(Conclusion).

Era la hora en que solo se escucha el fúnebre graznido de la *coa*; el fuego de todas las chozas se habia apagado. Los jefes se habian retirado a sus hogares.

Súbito la puerta de la cabaña del *matchi* se abrió, i penetró el fiero padre de

(1) En el *Círculo de Colaboradores* es de regla penar, al que no presenta su trabajo en el día de su turno, con la obligacion de presentar dos en la próxima sesión.—Hacemos esta advertencia para que se comprenda la alusion que hace nuestro colaborador *Catete*, que es el mismo K. T. T. de cuya festivas composiciones han gustado mas de una vez los lectores de *La Estrella de Chile*.

Ghülquëndula. Encendió un pequeño fuego en el centro de la choza, i despues, con aire de reconcentrado furor, se acercó a paso lento al lecho donde su hija dormia. Largo rato contempló con frente ceñuda el respirar anhelante de la jóven.

El verlo de pié junto al lecho como meditando un crimen i levantar su maza como para descargarla sobre la inocente niña, era un espectáculo horrendo. Pero habia aun en el pecho de Cailloma un resto de ese cariño que no se borra jamas.

Por fin, tocó con la punta del pié a la desventurada virjen para privarla así del único momento en que olvidaba su infortunio. La niña tembló, la tremenda voz de su padre resonó entónces.

«Ghülquëndula, dijo, los guerreros sehan juntado para celebrar un consejo i han invocado el nombre de Pillan para obrar con justicia.»

«El infeliz Cailloma ha dicho ante ellos: «el *matchi* ha visto a su hija en los brazos de un huinca.» Los guerreros dijeron: «nuestros padres daban la muerte a la que deshonraba a su familia, i el fuego de los hijos del pais de las cumbres blancas abrasó siempre al traidor que vendia a su patria.»

«Ghülquëndula, el dia primero de la luna de las cosechas hasta los jefes mas lejanos rodearan el cerro de los sacrificios, i en su cumbre, en medio de una hoguera, una hija infiel, la que ha hecho la desgracia de un padre, espíará su crimen.»

Un suspiró se exhaló del pecho de la inocente niña i balucearon apénas sus convulsos labios: «Virjen de los amores castos, has escuchado mi súplica, pronto estrecharé al huinca contra mi pecho i nadie podrá separarme.» I cayó sobre el lecho, sus párpados se habian cerrado i solo se escuchaba su respiracion anhelante.

El *matchi* seguia como muda estátua de pié junto al lecho, i la sombra de su cuerpo, que se proyectaba en la pared, a la luz de la llama que vacilaba, le daba el aspecto tremendo de las fantasmas del pavor. Su blanca cabellera caia sin órden sobre su atezada piel i el negro arco de sus cejas ocultaba sus ojos centellantes.

Pasaba el tiempo, i la mirada de Cailloma se fijaba sobre su hija, que dormia ya. La virjen del prado, en medio de la somnolencia de la fiebre, sonreia dulcemente i sus pequeñas manos oprimian con cariño

su pecho para impedir talvez la fuerza de sus latidos. Pero nó, dulces recuerdos venian a su corazon inocente o talvez conversaba con su amado i estrechaba con amor el único tesoro que conservaba de él.

Cailloma era hombre, el matchi era padre, una lágrima empañó sus pupilas. Un crimen no podia manchar el alma de la que sonreia tan dulcemente cuarenta dias ántes de su horrible sacrificio. Una idea tremenda para el corazon de un padre se despertó en su mente. Hubiera querido oír de los labios de su hija una palabra de salvacion; pero la inocente niña no podia pronunciarla por el letargo que la dominaba.

Acercábase el dia del martirio, Cailloma miraba con horror la desgracia que se le aguardaba. Pero la hermosa virgen permanecia ya muchos soles delirante i en sus palabras entrecortadas pronunciaba muchas veces el nombre del huinca.

¿I despues cuando la fiebre calmó? ¡Ai! despues.... despues si su padre con tono casi suplicante quiso arrebatarle su secreto, ella, lanzando una estrepitosa careajada, habia exclamado: «Si, yo te vi, el huinca tendido en tierra.... la sangre corria.... tú lo mataste», i seguia riendo: estaba loca.

Los dias volaban i la niña salia a las cercanias acompañada de su padre.

Una mañana, un indio llegó a la puerta de la cabaña de Cailloma i el matchi salió apresuradamente en pos del mensajero.

Ghülquëndula despertó, i al verse sola, salió de la choza llena de alegría cantando una dulce cancion. Cansada de andar, se sentó en una roca al pié del cerro de los sacrificios; una india que buseaba al matchi, se detuvo junto a ella.

«Pobre niña, le dijo, en el consejo se repitieron estas palabras: el matchi ha visto a su hija en los brazos de un extranjero! ¡Ai de tí! el primer sol de la luna de las cosechas verá tu muerte!»

«¡Pobre Ghülquëndula! continuó la india derramando lágrimas, ¡tan bella no puedes ser culpable!.... Cerca está tu muerte i contemplas tranquila el lugar del sacrificio.»

Pero la desgraciada niña fijaba sobre ella sus ojos con la atencion tan triste de la que ha perdido el juicio. Por fin, despues de largo rato, respondió: «El huinca ha muerto; mi padre le ha quitado la vida ¡ai!

su sangre empapa la yerba. La virgen de los amores castos me colocará a su lado; yo guardo un recuerdo.» I estrechaba su tierno depósito contra su pecho enamorado. Despues continuó, i algunas lágrimas humedecieron sus mejillas.

«Un fuego en la cumbre del cerro, i el guerrero ¿por qué no viene? ¡Ai! sus ojos habrán visto una mujer de rostro blanco; yo lo amo; él me decia yo te lo juro cuando vuelva ¡ai! ¿por qué no vuelve? Ya no me dice bajo la sombra i junto al arroyo: en mi corazon se guardan tus palabras. Yo lo vi, su sangre teñia la yerba; mi padre le dijo *infame*, yo lo vi tendido en tierra; su sangre teñia la yerba; ha muerto; i Ghülquëndula no volverá a encontrarlo en el bosque! I una insensata carcajada se exhaló del pecho de la inocente virgen.»

La india se retiró llorando.

Una agitacion estraña se notaba entre los guerreros, nuevas crueldades de los españoles apresuraban la hora de la pelea. Algunas tribus temerosas del poder del Dios del extranjero, habian inclinado su cerviz al yugo del invasor; pero los guerreros del valle habian jurado con un puñado de valientes de las tribus vecinas ir a morir al campo de batalla ántes que someterse a su dominio.

El dia de la partida se acercaba, Cailloma marchaba tambien; las ceremonias de la guerra se repetian en el silencio de la noche. Ghülquëndula se habia salvado por entónces.

La hora de la despedida fué mui triste, los guerreros habian dicho a sus mujeres: si el último dia de la luna de las cosechas, los guerreros del valle no descansan junto a sus fuegos, ahogad en la cuna a nuestros hijos; no deben ser esclavos los hijos de los libres.

El matchi habia llorado estrechando a su hija contra su corazon i ella le contestó solamente: «Yo lo vi.... yo lo vi.... tendido en tierra.... la yerba estaba teñida en sangre.... el matchi lo habia muerto....»

Marchó el anciano de la blanca cabellera con el corazon oprimido: un torcedor horrendo destrozaba su alma.

La hermosa niña, la virgen mas pura que el payro del valle, mas inocente que

la tórtola que arraya entre el ramaje; exhalaba su aliento bajo el techo de una choza extraña, su padre al partir había dicho a una de las mujeres de un guerrero: ¡Há lugar junto a tu fuego para mi hija? I ella había contestado: ¿cómo pudiera en la choza de un guerrero no haber lugar para la que dice padre al matchi?

La hermosa niña vagaba solitaria por el bosque i, si alguna vez quisieron impedirselo, su delirio se había trocado en la mas ardiente desesperacion. A menudo, sus pasos seguian el curso del arroyo i la sombra de los árboles del lugar testigo de sus amores, la resguardaba de los rayos del sol. En este sitio entabla dulces conversaciones con la adorada imájen que talvez solo ella veía. «Huínca, exclamaba, ¿por qué siento latir con tristeza tu corazón?» i pronunciaba palabras que nadie podía percibir; cantaba dulces canciones para adormecer los dolores del alma de su amado.

¡Cuántas veces jimió su corazón cuando no aparecía a su mente la idolatrada sombra!

Cuando la aurora asomaba, la virgen de planta mas lijera que la brisa al pasar sobre las flores, desde la cumbre del cerro de los sacrificios dilataba su vista ansiosa por la pradera. Unas veces bajaba llena de contento al sitio de sus entrevistas, otras, henchidas de desaliento, jemia i se desesperaba porque no volvía el huínca.

En medio de la tranquilidad de la noche, alzaba a veces plegarias ardientes uniendo a ellas el nombre de su amado.

Cuando las mujeres que la rodeaban le hacían alguna pregunta, la pobre loca solo respondía con frases incoherentes i carcajadas estrepitosas.

Había pasado la luna de las cosechas i los guerreros no volvían, tristes noticias anunciaban los pocos indios que habían regresado a su patria.

El mes de las espumas ostentaba triste ropaje de que sabe revestir a una naturaleza muda.

Era una noche tempestuosa; la lluvia caía a torrentes; el viento zumbaba amenazando arrancar las chozas de los habitantes del valle.

En una de las cabañas mas espaciosas, se veían sentadas en torno del fuego varias

mujeres de aspecto meditabundo; allí en el fondo apenas se divisaba una hermosa niña de formas virjinales, cuyos ojos brillaban en medio de la oscuridad. Escuchábase solo el silbido del viento i el chisporroteo del fuego. De cuando en cuando, la bella niña murmuraba allí en medio de la lobreguez en palabras apenas perceptibles: «Yo lo vi... teadido en tierra... la yerba teñida con su sangre... mi padre le quitó la vida... ya no lo veré mas...»

De repente, un anciano de blanca i larga cabellera, cuyos rotos vestidos estaban traspasados por el agua, penetró en la cabaña; las mujeres lanzaron un grito de espanto i huyeron despavoridas exclamando: «el matchi, el matchi!» solo la loca no se movió. Cuando su padre la estrechó contra su seno i le dirigió amorosas palabras, ella, llorando tristemente, murmuraba: «Yo lo vi... la sangre que teñía la yerba!...» i Cailloma temblaba involuntariamente.

Una mañana, la mañana en que la primavera había apurado sus primores para engalanar una naturaleza exuberante de vida, subió la hermosa niña, como de costumbre, al cerro de los sacrificios; pero en su rostro se notaban las señales de un dolor profundo.

Bajó al prado cuando el sol brillaba en medio del cielo; un canto mas melancólico que el sonido lejano de un arpa en una noche de luna se escapó de sus labios. Era el canto de muerto.

El guerrero canta cuando su sangre se hiela dentro de sus venas.

Ghülquéndula talvez se despedía en medio de su dolorido canto de aquellos sitios mudos testigos de la felicidad de dos almas.

La luna brillaba en medio de un cielo azul i sin nubes, la naturaleza dormía, la hermosa niña en el lugar de sus amores lanzaba gritos de desesperacion, su pecho palpitaba, i sus ojos se agitaban violentamente.

Era la media noche. La severa figura del matchi apareció en aquella escena tan conmovedora. Con amorosa solicitud, pretendía en vano arrancar a su hija de aquellos sitios i conducirla a la abrigada choza, por única respuesta a sus instancias, escuchaba

de sus labios las mismas dolorosas palabras.

I seguía Ghülquëndula, en medio de la mas horrorosa desesperacion, clamando: «El huinca ha muerto.... yo lo he visto.... su sangre teñía la yerba.... ya no lo volveré a ver.... para qué vive la infeliz hija del matchi?»....

Consiguió, por fin, el anciano llevarla blandamente a su cabaña.

Todo yacia en silencio; una blanca sombra se deslizaba en medio de la oscuridad de la choza.

Mas tarde, en la cumbre del cerro de los sacrificios, se veía iluminada por los rayos de la luna una hermosa vision.

«Yo lo vi.... se escuchaba en medio de la tranquilidad de los campos, la yerba teñida en su sangre.... ya no lo veré mas... yo lo amo.... quizá me habrá olvidado... ¡qué importa.... ha muerto.... no volveré a verlo... yo lo amo!... ¡qué importa! ¡qué importa!»

Mas tarde, el silencio reiraba; la blanca vision parecia flotar mecida por la brisa.

Una cancion fúnebre i mas dulce que los ensueños de una virgen, comienza a resonar en los espacios, i sus ecos vibraban en la esfera de las estrellas. La cancion se iba debilitando poco a poco; por fin, nada se escuchó.

¡Ha muerto de amor! repetían las mujeres, a la mañana siguiente en la desierta choza de los guerreros.

#### V.

Ocho años habian pasado. Las cabañas estaban arruinadas i sus paredes servian de nido al ave del callado volar, los guerreros del valle habian sucumbido, el bello pais de las cumbres blancas jemía bajo el yugo del extranjero.

Cuando el crepúsculo teñía apénas de rojo la cumbre de las montañas de occidente, se veía sobre la cima del cerro de los sacrificios un anciano en cuya cabelleira blanca jugueteaba el viento. Era talvez el jenio de la patria, que lloraba sobre la tumba de sus hijos.

Una tarde de invierno se veía al anciano en ese sitio desventurado; una numerosa comitiva seguía a un bizarro jinete que corría por la pradera.

El caballo se detuvo, i el caballero con ojos anhelantes buscaba un objeto. Avanzó solo; pero llamó en vano a la puerta de la cabaña de Cailloma. Buscaba sin hallar un sitio que él conocía; pero los frondosos árboles del bosque estaban cortados.

Algunos instantes despues, trepaba el cerro.

El anciano, al ser interrumpido en su misteriosa contemplacion, fijó en el español su sombría mirada; un temblor involuntario ajitó su cuerpo. El caballero miraba a Cailloma con la atenta espresion del que recuerda lejanos acontecimientos. Por fin, exclamó:

—Anciano, ¿cuál es la choza del que conversa con Pillan?

—Huinca, respondió el matchi, el valle está desierto i las chozas de todos sus hijos han sido destruidas por el fuego, una sola, la del infeliz Cailloma, se alza solitaria sin lumbré i sin bullicio.

—¿Sois acaso vos, anciano....

—Sí, yo soi el que teñí en sangre la yerba de este valle, yo, el desgraciado que llora solitario sobre la tumba de su hija!

—¿La tumba?... exclamó don Luis, i sus palabras se ahogaron en su garganta.

—Sí, continuó el anciano, Cailloma ha visto la desolacion de su patria, i ha sentido en el pecho una voz que le grita: ¡Asesino de tu hija!....

Yo escuché tu nombre en sus labios, i cuando sus manos heladas por la muerte oprimian su corazon, estrechaba entre ellas la yerba teñida en la sangre del huinca. I esta insignia que cuelga sobre mi pecho, escuchaba los virjinales latidos de un corazon inocente.

Sí, huinca, vivo aun, ¡poco he sufrido todavía! Ya no tengo hija.... mi patria no existe.... el guerrero del valle jime entre cadenas, i la frente del matchi está marcada con el sello de la esclavitud....

Espio en la tierra la muerte de Ghülquëndula, i cuando el sol se reclina en su lecho de espumas vengo a jemir sobre su sepulcro: éste es el único consuelo que mis años permiten a mi ancianidad.

El jóven habia permanecido mudo escuchando las palabras del matchi, i algunas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Era ya media noche, i se veía aun sobre la cumbre de la montaña, un gallardo ca-

ballero hincado en tierra i un anciano entre cuyos blancos cabellos jugueteaba el viento.

Nunca despues, en el bello pais de las blancas cumbres volvió a repetirse el nombre de don Luis de Miranda; i todas las tardes, cuando la noche tendia su oscuro manto, un anciano jemia sobre la cima del cerro de los sacrificios.

Muchos años han pasado, i yo, en una noche de luna, he meditado silencioso sobre el sepulcro de Ghülquëndula i Cailhoma.

RAIMUNDO LARRAIN C.

Junio 11 de 1870.

#### SENTIMIENTOS.

Los sabios han computado en setecientos siete millones las vibraciones que han penetrado en el ojo ántes de que pueda distinguirse el tinte de la violeta, por ejemplo.

¿Qué filósofo podrá calcular las vibraciones del corazon ántes de que pueda distinguir los colores del amor?....

Las mujeres gustan de que se crea que no han sido comprendidas, i tienen a veces razon; por que el hombre, aunque sea mui sagaz, rara vez comprende enteramente a la mujer, por sencilla que ella sea. En este particular, el bello sexo nos aventaja: leen con facilidad en nuestro corazon, aunque no sepan cuál ha sido nuestra vida anterior. Pero nosotros podemos presenciar todos los actos de la vida de una mujer, encubierta bajo las formas convencionales, i sin embargo, su corazon tendrá mil misterios cuyo arcano no seremos nunca capaces de abrir.

Frecuentemente una mujer piensa con su corazon, de lo cual provienen la mayor parte de sus desgracias i equivocaciones. El hombre de jenio tambien piensa con su corazon, i de esto provienen la mayor parte de sus desgracias i equivocaciones. Así es que entre la mujer i el hombre de jenio hai grande afinidad de simpatias: cada uno de porsí intuitivamente comprende el secreto del otro; i miéntras mas femenina es la

mujer i mas delicado el jenio del hombre, se encontrará mayor motivo de intelijencia entre los dos. Sin embargo, si el amor se interpone entre los dos, esta adivinación tácita se pierde i equivoca, i ya no se comprenden.

BULWER.

#### CHARADA.

Nombre de una consonante  
Castellana es mi primera,  
Mi segunda es tambien nombre  
De una consonante griega,  
I una nota musical  
Se nombra con mi tercera.

Mi todo es un dios pagano  
Al que adora todavia  
Con ferviente idolatría  
El universo cristiano.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO  
ANTERIOR.

CARPETA.

#### Contenido de este número.

- I.—Teatros Populares, por Zorobabel Rodríguez.
- II.—Saetas, poesia, por Catete.
- III.—Francisco de Rioja.—Estudio literario—por Enrique del Solar.
- IV.—Romance, poesia, por M. A. Hurtado.
- V.—El Papa, por Rafael B. Gumucio.
- VI.—Doble turno, poesia, por Catete.
- VII.—Cailhoma (conclusion), por Raimundo Larrain C.
- VIII.—Sentimientos, por Bulwer.
- IX.—Charada.
- X.—Solucion de la del número anterior.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»—Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRESA DE «EL INDEPENDIENTE.»  
calle de la Compañía, núm. 79 F.